

# **El tizón encendido.**

## **Apuntes sobre las experiencias de construcción territorial.**

Fernando M. Stratta y Marcelo S. Barrera\*

Dar cuenta de las características que asume lo que consideramos tiene la potencia y la novedad de una irrupción social contra-hegemónica de las clases subalternas, es el objetivo de este escrito. Nos referimos a lo que denominamos una contra-territorialidad, es decir, una nueva territorialidad propia de las clases subalternas, la cual es un emergente de un proceso de reorganización político-social iniciado a fines de la última dictadura militar por parte de ciertos sectores del campo popular. Creemos que, a comienzos de los años '80, con la experiencia de las tomas ilegales de tierra, fundamentalmente en los partidos del sur y el oeste del conurbano bonaerense, se inicia un camino de reconstitución de la densidad asociativa de estos sectores, humus indispensable de toda acción colectiva. Para desandar el camino es necesario partir de la comprensión de una categoría compleja: el territorio.

### **I - Una taxonomía.**

**Territorio.** m. Parte de la superficie terrestre perteneciente a una nación, región, provincia, etc. **2** Término que comprende una jurisdicción. **3** *Arg.* Demarcación sujeta al mando de un gobernador nombrado por el gobierno nacional.<sup>1</sup>

Comenzar con una definición enciclopédica de nuestro objeto de estudio puede aclararnos todo un espectro del cual buscamos deliberadamente distanciarnos. Son una pléyade de disciplinas las que abordan bajo diversas miradas el territorio. Sin embargo, no es nuestro interés el campo de análisis de la geografía positivista, en tanto ésta comprende sólo la exteriorización cartográfica del territorio, la “superficie terrestre”, sus clasificaciones y accidentes. Tampoco la morfología social, ligada a la sociología organicista del siglo XIX, en tanto búsqueda de los condicionamientos que el ambiente físico ejerce sobre los individuos, sobre sus acciones y movimientos. Desde un lugar más cercano a nuestra voluntad, la sociología urbana nos ha otorgado una serie de buenos estudios acerca de las transformaciones económicas en el espacio y la reestructuración de las ciudades, poniendo de relieve las luchas por los trazados, las

---

\* Lic. en Sociología por la UBA. Investigadores del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.  
[fstratta@yahoo.com.ar](mailto:fstratta@yahoo.com.ar), [marcebarrera@hotmail.com](mailto:marcebarrera@hotmail.com)

<sup>1</sup> *Diccionario Enciclopédico*, Espasa, 1997, p.1325.

apropiaciones y el control de las circulaciones. Asimismo, creemos necesario incorporar el aporte de los geógrafos sociales brasileños, quienes vinculan de un modo indisoluble el espacio y las relaciones sociales que en él se desenvuelven, con lo cual logran escapar de un reduccionismo naturalista que ve sólo las apariencias físicas del territorio, sus condicionamientos externos, su materialidad mineral. Así:

“El territorio no puede ser entendido como equivalente, como igual al espacio, como proponen muchos geógrafos. En ese sentido, es fundamental comprender que el espacio es una propiedad que el territorio posee y desenvuelve. Por eso, es anterior al territorio. El territorio, a su vez, es un espacio transformado por el trabajo y, por tanto, una producción humana, por lo tanto, espacio de lucha de clases o fracciones de clases siendo, en consecuencia, el lugar de lucha cotidiana de la sociedad para su devenir” (Oliveira, 2001).

Los cambios producidos en el territorio tienen una manifestación material en el lugar, la distribución de los espacios y los cuerpos, los flujos, las formas de arquitectura que cada organización social define o elabora. Pero también existen cambios en las formas en que los sujetos se relacionan, formas de sociabilidad que si bien pueden expresar transformaciones espaciales, se instalan en un plano diferente del material. La transformación de las relaciones sociales que componen un territorio puede tener una expresión material, puede traducirse en una metamorfosis espacial, pero ambas -materialidad y relaciones sociales- son irreductibles pues mantienen una relación dialéctica.<sup>2</sup> Así, por ejemplo, podemos observar que en las ciudades posmodernas la centralidad que adquiere la circulación y la comunicación de determinados puntos –y no de cualquiera, por cierto-, se expresan en un complejo entramado de vías de comunicación rápida como las autopistas; pero al mismo tiempo esa centralidad de la circulación de los flujos tiene por correlato una temporalidad acelerada, constante, un tiempo que debe ser completamente aprovechado, fraccionado microscópicamente, un tiempo-mercancía pasible de ser consumido; esa materialidad espacial y esa temporalidad se traducen, a su vez, en una subjetividad particular, en una forma de relacionarse entre los hombres que imprime todas sus prácticas y con estas su forma de percibir el mundo. Sin embargo, es necesario advertir que los modos de organización territorial han ido mutando a través de la historia. Podemos tomar el caso de las organizaciones comunales precolombinas para señalar una noción del espacio

---

<sup>2</sup> Hacemos eco de la diferenciación que plantea G. Améndola entre el panorama físico de un lugar (cityscape) y el panorama del alma (mindscape). No siempre la forma “física” de una ciudad cambia más rápido que el “alma” de su gente. En un sentido estricto podemos decir que las transformaciones arquitectónicas de un espacio no aducen en muchos casos los cambios culturales de quienes lo habitan. Apuntar esto es necesario para evitar traspolaciones mecánicas de las características físicas al conjunto del territorio.

discontinua, una temporalidad otorgada por los ciclos de las estaciones que marcan los ritmos para el cultivo de la tierra y una forma de relacionarse entre los hombre y con la naturaleza antropológicamente diferente. Cada organización social articula un territorio de tal manera que en él dialogan a través de su praxis. A su vez, es necesario diferenciar el territorio como extensión de tierra -como tierra-mercancía-, pero también como forma de vida y organización social. Esta distinción entre forma y contenido da cuenta, en conjunto, de los aspectos materiales y simbólicos que se disputan. “El territorio es el lugar donde se construye la cultura, donde se produce y reproduce la intersubjetividad y la visión del mundo, donde se tejen las relaciones sociales y la posibilidad de futuro y, por ello mismo, donde adquiere concreción la autonomía” (Ceceña, 2004: p 12). El territorio es en sí mismo la organización económica, política y social que adopta un espacio, por lo que en su génesis se articulan el desarrollo de múltiples relaciones sociales junto a su asiento material; aquello definido como lo estrictamente natural, el suelo y sus minerales. Es decir “la totalidad de las relaciones sociales establecidas *en* y ordenadoras *de* dicho geoterritorio fuera del cual no tiene existencia y al cual incorporan, no como *continente* sino como *componente*” (Nievas, 1991: p 81). Así lo social y lo natural no sólo no se excluyen sino que se imbrican dialécticamente en la conformación territorial. El aspecto territorial juega un papel central en la conformación identitaria de los sujetos y de los grupos sociales de los que forman parte. “El fuerte anclaje que tiene el territorio en las personas, está dado porque ese territorio no es el terreno, sino las relaciones sociales que allí se asientan y lo articulan, lo integran como paisaje en la necesaria relación hombre-naturaleza, de la que no puede prescindir.” (Ibíd.: p 80). Sin las relaciones sociales el territorio se desvanece y resquebraja como una hojarasca. Sostenemos que por sobre su apariencia inmóvil, camufladas en el territorio perviven relaciones sociales que son el nutriente que alimenta la vida del espacio social. No existe territorio sin esas relaciones sociales. Sólo a instancias de dar una definición analítica, podemos distinguir estos elementos que hacen a la totalidad del territorio:

*a-relaciones sociales*, entendidas como las diversas formas de vinculación que los sujetos-cuerpos adoptan para la reproducción de su vida material y simbólica. Las características que adopten las relaciones sociales van a tener una importancia central en la forma constitutiva que adopte.

*b-sujetos*, la constitución de un territorio produce-requiere conjuntamente para llevarse a cabo, la conformación de sujetos-activos que se autoconstituyen en la propia construcción territorial.

*c- tiempo*, todo territorio instituye un tiempo propio que convive en pugna con el tiempo socialmente dominante. Esta temporalidad es la que caracterizará el movimiento de los cuerpos, pero también la circulación de los objetos, de la producción, de las mercancías.<sup>3</sup>

*d- Espacio geográfico*, el espacio físico en que se desarrollan, espacio que contiene, limita y posibilita el despliegue de relaciones sociales. El espacio geográfico deviene condición y límite para la acción de los sujetos.

*e- técnicas*, las formas de hacer que se emprenden en un espacio relacionadas a la producción de las condiciones materiales de vida.

Es decir que el territorio es el resultado de las formas de vinculación entre distintos sujetos, en un espacio específico y con una temporalidad propia, desde donde se produce y reproduce la vida a partir de determinadas técnicas. De esta manera declaramos que el nuestro es un enfoque relacional que privilegia, por sobre todo elemento, el conjunto de relaciones sociales que se desenvuelven en un espacio. Por esto mismo será necesario diferenciar qué tipo de vínculo predomina para establecer las formas que adopta un territorio determinado.

Desde el trabajo de Jean Piaget (1984) podemos distinguir, tomando los estudios de psicología genética, fundamentalmente dos formas de relación social. Por un lado, aquellas que se desarrollan a partir de las *relaciones de presión* y dan lugar a la heteronomía del sujeto; pero también, aquellas que surgen de las *relaciones de cooperación* y respeto mutuo, desde donde se construye la autonomía del sujeto. Así, desde las primeras formas surgen relaciones sociales “heterónomas, individualistas y dóciles”; y desde las

---

<sup>3</sup> Emile Durkheim, en uno de sus últimos trabajos nos advierte sobre el carácter eminentemente social de categorías como la de tiempo, ya que constituye “*un marco abstracto e impersonal que envuelve no sólo nuestra existencia individual, sino la de la humanidad (...) No es mi tiempo el que está así organizado; es el tiempo tal como es pensado de manera objetiva para todos los hombres de una misma civilización. Esto, por sí sólo, ya basta para intuir que una organización tal ha de ser colectiva. Y, en efecto, la observación establece que estos puntos de referencia indispensables en base a los cuales son clasificados en el tiempo todas las cosas son tomados de la vida social. Las divisiones en días, semanas, meses, años, etc., corresponden a la periodicidad de los ritos, fiestas y ceremonias públicas. Un calendario da cuenta del ritmo de la actividad colectiva al mismo tiempo que tiene por función asegurar su regularidad*” (Durkheim, 1912: 9).

segundas pueden devenir relaciones sociales “autónomas, solidarias y críticas”.<sup>4</sup> En este trabajo vamos a sostener que cuando en un espacio geográfico se establecen como hegemónicas determinado tipo de relaciones sociales, comienzan a configurarse en un movimiento dialéctico las características (técnicas, temporales, espaciales y de los sujetos) del territorio. En este sentido creemos que la tarea de construcción de relaciones sociales que involucren la autonomía y solidaridad de los sujetos son la condición de posibilidad para constituir nuevas territorialidades desde los sectores subalternos. Sostenemos que una determinada relación de fuerzas se expresa en un territorio. Asimismo, toda fuerza social expresa una territorialidad. Por lo tanto, entendemos al territorio como un concepto en constante movimiento, fluctuante, continuamente en producción y en lucha permanente por lograr una sociabilidad hegemónica. No pensamos la relación social a partir de un territorio dado, pues esto supondría priorizar las nociones de guerra, enfrentamiento, etc. y, consecuentemente, reducirlo todo a un campo de batalla. Buscamos estudiar el territorio en términos de relaciones sociales.

## **II - Transformaciones estructurales.**

El espacio de socialización político privilegiado es una de las formas organizacionales que luego de la caída de los mecanismos fordistas del trabajo y la ruptura del pacto interclases keynesiano ha ido mutando de manera acelerada, incluso, creemos que no conforme con sus mutaciones se ha “mudado de sitio”. Si bien no negamos la importancia que aún posee la fábrica en la construcción y constitución de subjetividades y actores políticos colectivos, hoy -luego de los sostenidos procesos de desindustrialización-desocupación, cuyo efecto central fue la consiguiente fragmentación y desindustrialización de la clase obrera<sup>5</sup>- ya no posee su monopolio sino que lo conlleva con otro espacio de socialización que ha adquirido gran centralidad: el barrio. Con ello no queremos obviar el papel relevante que ha tenido históricamente el barrio como un

---

<sup>4</sup> Sobre los tipos de relación social a partir de la lectura piagetiana, seguimos a J.C. Marín (1979) y D. Feierstein (2000). A partir estos autores podemos comprender al genocidio argentino durante la última dictadura militar como un proceso social que intenta quebrar formas de relación social de clase (autónomas), transformándolas en relaciones sociales de heteronomía.

<sup>5</sup> Otro de los efectos de los procesos desindustrializadores fue la constitución de una “subclase” conformada por los excluidos, masas condenadas a padecer formas extra-sociales de existencia. La implementación de políticas económicas neoliberales ha desestructurado el mundo material y simbólico de las clases subalternas, lo cual dificulta sobremanera la acción colectiva de esos sectores, ya que mientras “los excluidos de la sociedad del discurso y el espectáculo se multiplican (...) los incluidos se disciplinan bajo la amenaza de la exclusión” Mazzeo, Miguel. *Dioses fracasados. Apuntes sobre los procesos de la globalización neoliberal*, Ediciones Macchi, Buenos Aires, 2003, pág 53.

espacio condensador de tradiciones, aglutinador de experiencias de clase y reducto para la construcción de una memoria colectiva de los sectores subalternos<sup>6</sup>; sólo queremos destacar que en los últimos años adquiere una relevancia mayor, al punto que se ha convertido en muchos casos en la fuente principal de la identidad política de gran cantidad de organizaciones populares. Por ejemplo, esto se aprecia con nitidez en las siglas de identificación de diversos movimientos sociales como Barrios de Pie, Federación de Tierra y Vivienda (FTV), Movimiento Territorial de liberación (MTL).

La adquisición de una mayor centralidad en la construcción política y social cotidiana por parte del barrio, se inscribe dentro de un proceso de cambio de gran magnitud que produjo (y aún produce y reproduce) un sinfín de transformaciones, tanto de orden micro como macrosocial. Este cambio no es más que el fin del Estado Populista Argentino<sup>7</sup> y con él, también el fin del modelo de acumulación ligado a la industrialización por sustitución de importaciones (ISI). Consiguientemente, se asiste al desembarco de una nueva etapa, la denominada neoliberal, caracterizada por un modelo de acumulación que se funda alrededor del capital financiero. Sin embargo, no puede entenderse el nuevo modelo de acumulación sólo a partir de los cambios instaurados en las formas –más flexibles- de producción, puesto que se ha transformado la totalidad social: cambian las relaciones en el proceso de trabajo, en la vida cotidiana, se da forma a nuevas subjetividades, se transforman las viejas identidades.

El modelo de sociedad populista se caracterizaba por un patrón de distribución del ingreso progresivo, funcional a la expansión de un régimen de acumulación basado sobre el mercado interno. Su forma de Estado era la de un Estado interventor-benefactor, el cual para velar por la reproducción del capital requiere ampliar no sólo la esfera económica sino también la política y la social. Así, se trata de un estado distribucionista, que aumenta la participación de los asalariados en el ingreso neto total<sup>8</sup>. Bajo las condiciones sociales del estado populista los sectores trabajadores nucleados en las fábricas lograron construir una fuerte cohesión de clase, lo cual les permitió gozar de una sólida identidad colectiva (fundada

---

<sup>6</sup> Al respecto ver, *La huelga del frigorífico Lisandro de la Torre*, Salas, Horacio, Biblioteca política Argentina.

<sup>7</sup> Ver Tarcus, Horacio, *La crisis del Estado Populista Argentina 1976-1990* en Realidad Económica N° 107, 1992.

<sup>8</sup> Cabe ser aclarado que las mejores condiciones existenciales de los sectores subalternos también son producto de las luchas políticas y sociales por ellos efectuadas.

en la conciencia de clase) junto con una organización sólida y con poder de confrontación. Pensamos que con la etapa fordista que quedó atrás, también se han ido junto con ella -o en algunos casos se han debilitado al punto de permanecer soterradas dentro del cajón de los recuerdos- un conjunto de instituciones y prácticas que justamente constituían su condición de tal. Así, ya han caído los pilares que sostenían a la “sociedad salarial fordista”, caracterizada por la presencia de un Estado intervencionista activo y “presente” (valga la redundancia) en la sociedad civil, presencia que se extendía a través del funcionamiento de una malla de instituciones que “penetraban” en la sociedad civil y el mercado –nos referimos por ejemplo, a las medidas de regulación de las relaciones capital-trabajo, o al impulso de las políticas públicas– y que al menos impedían la mercantilización por parte de las fuerzas del mercado de ciertos espacios de la vida pública. Una sociedad salarial que también se fundaba sobre la construcción de una ciudadanía inclusiva que era titular de una fuerte dosis de derechos políticos y sociales; los cuales eran sostenidos con la participación activa y cotidiana de los trabajadores por medio de dos canales tradicionales, los sindicatos de masas y los partidos políticos.

Luego de la caída del Estado regulador asistimos a la contraofensiva del capital. El Estado regulador, pasó a ser duramente criticado por el gran capital, el mismo capital que en gran parte fue quien lo construyó. En lugar de éste se trata de conformar un Estado “... que sea ágil y eficaz para responder a las necesidades del gran capital [tanto local como foráneo], incluyendo en esto el control social y la represión abierta...” (Idem). En nuestro país este proceso comenzó ya bajo el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional (PRN), que precisamente se implantó para reorganizar –esto es, el intento por reconfigurar un determinado orden social- la estructura social nacional en pos de aumentar el poder del capital y del mercado en detrimento del de las clases subalternas. Pero no es sino bajo el menemato (sin olvidar los pasos dados en esa dirección bajo la administración alfonsinista) que la lógica mercantil (bajo su formato rapiño-financiero) invade cada napa del suelo social argentino, provocando cambios drásticos en toda la cartografía social de nuestro país. Es alrededor de esa “nueva cartografía argentina” donde se dirige nuestra atención. En fin, un encadenamiento de metamorfosis que transformaron múltiples dimensiones, pero que también produjeron las condiciones de posibilidad de nuevas prácticas y la vuelta de otras que se

creían ya superadas. Las características que asume en el presente el espacio público es una muestra de los efectos que produjeron aquellas transformaciones. A partir del fenómeno peronista la plaza pública se convirtió en el espacio nodal para la expresión política y simbólica de las multitudes, si bien hoy ya no ocupa ese sitio de privilegio, los sucesos del 19 y 20 de diciembre del 2001 lograron revitalizar ese espacio, y permitieron sepultar los tiempos en que casi sólo representaba una esfera del vacío.<sup>9</sup> Sumado a ello, la irrupción de las protestas públicas de “los de abajo” permiten pensar que hay una vuelta a la deliberación y acción política en medio del espacio público.<sup>10</sup> Suceso que remite a interrogarnos: ¿cuáles son en estos días las características de los espacios que se utilizan en la creación de la praxis colectiva?. Entendemos que el conflicto de clases excede ya de modo holgado las fronteras fabriles y se desplaza hacia otros sitios: sin duda, el territorio es uno de ellos.

Las transformaciones en el mundo del trabajo –desocupación masiva, diseminación de la flexibilización laboral, auge del trabajo informal, etc.- han modificado el mapa de la conflictividad social. La huelga y los paros, formatos típicos de las luchas que forjaron trabajadores incluidos y sindicalizados, han declinado para dar lugar a nuevas formas de la protesta y de la acción colectiva. Lo novedoso de estos últimos años ha sido la capacidad creativa y de acción que los sectores desocupados han desplegado, sectores que han ensayado un nuevo formato de protesta –el corte de ruta, mediante el uso del piquete-, junto a una nueva forma organizacional sustentada en formatos horizontalistas como la asamblea, entendida como un espacio privilegiado para la toma colectiva de las decisiones. También pretendemos comprender el proceso de construcción de la actual identidad de los incluidos; para ello hay que partir de la idea de que a simple vista parecen haber sido erosionadas las sólidas identidades de clase, ligadas a ideologías y/o partidos políticos.

---

9

<sup>1</sup> Para una lectura más extensa acerca de ese fenómeno remitimos al lector a Martuccelli, D y Svampa M., *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Buenos Aires, Losada, 1997.

<sup>10</sup> Espacio que fue literalmente clausurado en el Proceso de Reorganización Nacional. Solo el valor de las madres de plaza de Mayo simbolizado en sus “rondas de los jueves” produjo cierta fisura a ese intento de cierre absoluto de una de las esferas de lo público. Avanzamos sobre este punto en el capítulo 6.

### III- Defender la ciudad.

Las transformaciones estructurales tienen su correlato (no mecánico) sobre los cambios demográficos que se sucedieron en las últimas décadas en torno al AMBA (Área Metropolitana de Buenos Aires), y sobre el proceso de crecimiento y migración de población, como así también en la distribución de los cuerpos. A partir de la última dictadura se inicia un proceso de desplazamiento (expulsión) de los sectores populares del centro urbano e industrializado hacia la periferia de la ciudad. Como bien señala Oscar Oszlak, el gobierno militar tenía por fin “modificar profundamente el patrón de estructuración urbana” (Oszlak, 1991: 72). Esta reorganización del espacio en la ciudad se realizaría a través de distintas medidas.<sup>11</sup>

A nivel *municipal* (ciudad de Buenos Aires) mediante la promulgación del Código de Ordenamiento; ley de Locaciones Urbanas sancionada en junio de 1976 que provoca la liberalización general de los alquileres; erradicación compulsiva de Villas de Emergencia por ordenanza municipal del año 1977; expropiación de viviendas para construcción de obra pública –autopista 25 de Mayo.

A nivel *provincial* (conurbano) con la suspensión de loteos en el año 1976; sanción de la ley de Ordenamiento Territorial que reguló la producción de loteos obligando a la producción de infraestructura y, consecuentemente, encareciendo el costo de las urbanizaciones; las políticas de relocalización industrial a través del régimen de promociones en el interior del país. “La adopción de estas políticas, puso crudamente de manifiesto la vigencia, a nivel de las distintas instancias de decisión del estado, de una nueva concepción sobre la jerarquía del espacio urbano, la función de la ciudad y el lugar que debían ocupar en ella los sectores populares” (Ibid: 29).

Las consecuencias demográficas de este proceso pueden observarse en el **Gráfico 1**, en donde, tomando el período de 1970-2001 según datos censales, se establecen los partidos que superan la *media* o promedio de crecimiento poblacional del primer/segundo cordón<sup>12</sup> del conurbano, como así también los

---

<sup>11</sup> Para un estudio detallado de este proceso remitimos a María Cristina Cravino, *La propiedad de la tierra como un proceso. Estudio comparativo de casos en ocupaciones de tierras en el Área Metropolitana de Buenos Aires*, mimeo.

<sup>12</sup> Por **primer y segundo cordón del Conurbano** entendemos los partidos de Alte. Brown, Avellaneda, Berazategui, Ezeiza, Esteban Echeverría, Florencio Varela, Gral. San Martín, Hurlingham, Ituzaingó, José C. Paz, Lanús, Lomas de Zamora, La Matanza, Malvinas Argentinas, Morón, Merlo, Moreno, Pte. Perón, Quilmes, San Miguel, San Isidro, San Fernando, Tigre, Tres de Febrero y Vicente López. Por **tercer cordón** comprendemos a los partidos de Berisso, Brandsen, Campana, Cañuelas, Ensenada, Escobar, Exaltación de la Cruz, Gral. Las Heras, Gral. Rodríguez, La Plata, Luján, Marcos Paz, Pilar, San Vicente y Zárate.

partidos del tercer cordón<sup>13</sup> que superan la media de crecimiento. El gráfico destaca a simple vista cómo el crecimiento de la población tiene una dirección “hacia fuera” orientada desde el centro hacia el segundo y tercer cordón, conformando un anillo alejado de la Capital Federal y sus límites. Siguiendo los **Cuadros A.1 y A.2** (en Apéndice) puede notarse en cifras el decrecimiento de población de algunos partidos (Capital Federal, Avellaneda, Vicente López), o bien el estancamiento de otros con un crecimiento muy por debajo de la media para el período (Gral. San Martín, Lanús, San Fernando, San Isidro, Tres de Febrero), en el área que se extiende del centro al primer cordón.

Al mismo tiempo se acentúa un acelerado incremento de la población para el segundo y tercer cordón; la muestra de estos datos puede verse en el **Gráfico 2**, donde se destacan los partidos de Florencio Varela, Moreno, Esteban Echeverría, Pilar, Escobar, con el mayor aumento poblacional del período 1970-2001, superior al 200%, y los partidos de Berazategui, Alte. Brown, Pte. Perón, San Vicente, Merlo, Gral. Rodríguez y Marcos Paz, con un crecimiento superior al 100%.

De esta manera intentamos dar una imagen de cómo se trasluce geográficamente este proceso de desplazamiento espacial de población hacia la periferia, y más precisamente de expulsión de sectores populares del área de mayor valorización territorial. Nada responde por cierto a migraciones naturales, sino a todo un conjunto de políticas, leyes y decisiones del estado acordes a una línea impuesta para el área a partir de mediados de los años '70, que busca crear sectores de exclusividad en los centros urbanos, desechando grandes contingentes de población que quedan por fuera de esa esfera<sup>14</sup>, pero, fundamentalmente, responde a una estrategia de desestructuración de relaciones sociales de los sectores populares, quienes son desalojados-rearticulados y pierden relaciones sociales construidas a lo largo del tiempo (personales, laborales, sindicales, familiares, políticas, de educación, vivienda, salud, etc.). En este

---

<sup>13</sup> Debido a que los índices de crecimiento varían sensiblemente, para una mejor diferenciación metodológica optamos por establecer dos medias de crecimiento poblacional diferentes, una para el primer y segundo cordón, y otra para el tercero.

<sup>14</sup> La migración hacia los márgenes de la ciudad de sectores medios y altos de la población explica en parte el aumento censal en algunos partidos de la zona norte del conurbano. Este proceso de “gentrificación”, es decir, el recambio de la población de un área mediante la introducción de grupos sociales más altos (atraídos por inversiones inmobiliaria o urbanas), es lo que caracteriza a las nuevas ciudades de los márgenes, relacionadas principalmente con la vida en barrios privados (countries). “La condición primera para la fundación de un área residencial es la existencia de un adecuado sistema de comunicaciones, por autopista, en general, o ferroviarias (...) El concepto clave es precisamente el de isla. El término no es casual puesto que se trata de auténticas islas integradas a distancia al circuito de las autopistas (...) El resultado es una ciudad no sólo extensa, sino también segmentada, donde la diversidad entre varias unidades no sólo es fuerte y visible sino que es además enfatizada como principio organizador de la nueva ciudad” (Giandoménico Améndola, *La ciudad posmoderna*, Celeste Ediciones, Madrid, 2000).

sentido seguimos el análisis de Izaguirre y Aristizábal (1986), en tanto comprendemos que “el desalojo o desposesión de un territorio refiere a la destrucción de relaciones sociales existentes, lo que a su vez implica violencia, coacción sobre los desposeídos” (p.32). Esta estrategia de desarticulación del campo popular busca romper todo lazo que pueda convertirse en resistencia de estos sectores al nuevo régimen hegemónico, imposibilitar la construcción de una fuerza social antagónica capaz de cuestionar la hegemonía burguesa en su conjunto, constituyendo lo que las autoras denominan un “proceso expropiatorio de relaciones sociales”.

En este marco, podemos señalar el paralelismo que encontramos en el proceso de ocupaciones de tierra iniciado con los Asentamientos –a partir de 1981 en Quilmes y 1986 en La Matanza-, y, por otro lado, el Movimiento de Villas y Barrios de Emergencia de Capital Federal (MVBC) de 1987. Puede señalarse como dato sintomático de este proceso el hecho de que la secuencia de tomas de tierra iniciada en los ’80 en los partidos de Quilmes y La Matanza, se establecen en el límite o bien por fuera de esa división, real e imaginaria, que puede trazarse a partir del corredor semicircular que constituyen el “cinturón ecológico” junto a la “Autopista del Buen Aire”, verdadero dispositivo de una efectiva función estratégica llevado a cabo durante el período de gobierno militar, que demarca un límite social dividiendo el conurbano en dos partes con características que se irán acentuando en las décadas siguientes.<sup>15</sup> “Se podría decir que las modificaciones producidas, el traslado de los cuerpos, su redistribución y la reestructuración física del espacio, son parte de un proceso prolongado y estratégico, que intenta imponer territorialidades sociales diferentes a uno y otro lado del arco semicircular mencionado. Inmediatamente habría que advertir que esas territorialidades sociales, por formar parte de un mismo proceso de desarrollo, del mismo movimiento estratégico, si bien son diferentes, son parte de una misma cosa” (Bermúdez, 1985: 13). Resulta interesante el análisis de Eduardo Bermúdez en tanto no sólo atiende los efectos negativos del poder, esto es, impedir u obstaculizar la realización de determinadas acciones, segregar, reprimir y expulsar a vastos sectores de la

---

<sup>15</sup> Viene a cuento recordar, con Zygmunt Bauman, que toda sociedad establece de acuerdo a sus necesidades lo que constituyen verdaderas “herramientas sanitarias”, como lo son las fronteras del delito. La criminalización de la pobreza no genera culpas en una sociedad de consumidores, porque el pobre, el excluido, el marginado, quien no tiene recursos para el consumo, no forma parte de esa sociedad, está por fuera de los muros que la protegen y resulta así sencillo despreciarlo, expulsarlo y, si es necesario, extirparlo. Las clases marginadas se convierten frecuentemente en el basural donde se arrojan los demonios que acosan al alma atormentada del consumidor.

población, neutralizar la sociedad a través del terror impuesto por el genocidio, sino que simultáneamente a estos procesos inhibitorios da cuenta de los aspectos constructivos del poder que implicaron impulsar nuevos comportamientos, acciones, formas productivas, es decir, nuevas relaciones sociales congruentes con el proyecto hegemónico que se buscaba instaurar. “Los procesos que significaron el genocidio, la expulsión y la redistribución de la población en el Gran Buenos Aires, también fueron acompañados de su proceso contrario: la construcción de una nueva territorialidad social, que incluye, por supuesto, la complicidad con el genocidio, la neutralización por el miedo, la corrupción, la delación, etc.” (Ibid: 21). Es necesario remarcar en este punto que las transformaciones económicas y demográficas que venimos señalando –en lo que constituye un fuerte proceso de “desciudadanización” que implica la pérdida de conquistas sociales establecidas- cobran sentido en el marco explicativo de la emergencia de diferentes territorialidades construidas a partir de un proceso expropiatorio de relaciones sociales. No resulta casual el hecho de que las respuestas que los sectores populares dieron a este proceso expropiatorio, coincidan, geográficamente, con las áreas urbanas donde incidieron claramente estos cambios estructurales. Sin embargo, como venimos sosteniendo, no son los cambios en la estructura social los que aseguran una respuesta de los sectores perjudicados (lo cual abonaría la muy discutible teoría de “cuanto peor, mejor”), sino que es donde se logran recomponer los lazos sociales devastados donde la respuesta organizada se hace posible. Por otra parte, los **Cuadros B.1 y B.2** son demostrativos del proceso de desindustrialización<sup>16</sup> iniciado a mediados de los ‘70. El descenso del empleo industrial es consecuente, geográficamente, con un proceso de desmantelamiento del bastión industrial del conurbano bonaerense, y es a su vez un índice de la descentralización del conflicto obrero que tenía lugar en la fábrica.<sup>17</sup> Es así que para el período de 1974-1994, tomando datos de los censos económicos, la mano de obra industrial descende en el orden del 34% en el partido de Vicente López, el 42% en Avellaneda y Quilmes, 46% en Lanús, 52% en San Isidro y 57% en Berazategui. De manera más acentuada, la estrategia de disolución del conflicto obrero industrial se

---

<sup>16</sup> Para abordar los índices de desarrollo industrial seguimos en esta parte los estudios de Milcíades Peña compilados en *Industrialización y clases sociales en la Argentina*, Hyspamérica, 1986.

<sup>17</sup> Es interesante lo que plantea Juan Carlos Cena (2003) cuando afirma que el desmantelamiento de la red de ferrocarriles puede verse como una estrategia de fragmentación territorial sobre la subjetividad del ferroviario: al quitarle el ferrocarril se pierde esa relación social cotidiana que le daba sentido. Sin el ferrocarril que es su propio territorio, la relación social desaparece.

manifiesta en partidos históricamente combativos, como es el caso de Berisso y Ensenada, caracterizados por un alto índice de concentración de obreros por unidad productiva (a raíz de grandes establecimientos frigoríficos y de astilleros), donde la caída del empleo industrial para el mismo período ronda el 85% y el 73%, respectivamente. La grandilocuencia de las cifras, una vez más, persigue el único objetivo de ilustrar lo que cualquiera puede constatar al recorrer las ruinas del antiguo andamiaje productivo, convertido en un literal cementerio de fábricas. Al mismo tiempo, se asiste a un acelerado incremento de la productividad del trabajo por obrero, particularmente en la fábrica aunque también extensivo al resto de los asalariados. Por incremento en la productividad por obrero hacemos referencia a que, por ejemplo, el trabajo que antes requería de diez obreros es en la actualidad realizado por siete. Esto se relaciona directamente a la intensificación de la jornada de trabajo como también al desarrollo en tecnología de las distintas ramas. Un ejercicio sencillo para dar cuenta de los índices de productividad, aunque no estrictamente correcto metodológicamente, es comprobar el descenso en número de obreros por establecimiento que se corrobora en cada uno de los partidos. Por caso, si en Avellaneda, en el año 1974 existían cerca de 19 obreros por fábrica, en 1984 la cifra era de 17 y en el '94 caía a 13 obreros por establecimiento productivo. El caso de Berisso es nuevamente extraordinario, en tanto que en 1974 se concentran un promedio de 41 obreros por fábrica, desciende a casi 13 en el '84 y llega a 8 obreros por establecimiento en el '94. Es precisamente en estas zonas drásticamente afectadas por las políticas neoliberales (en tanto aumento acelerado de la población, desmantelamiento industrial, aumento exponencial de la desocupación, descenso del ingreso, agravamiento de la situación habitacional y de servicios) donde surgen las respuestas de las clases subalternas. Siguiendo a Maristella Svampa, podemos decir que “este proceso de pauperización de las clases populares aparece ilustrado por las tomas ilegales de tierras, que se desarrollan desde fines de la dictadura militar y durante los primeros años del gobierno de Alfonsín. (...) Ahora bien, como sostiene [Denis] Merklen, los asentamientos expresan la emergencia de una nueva configuración social que señala el proceso de inscripción territorial de las clases populares. Una de las primeras consecuencias de esta inscripción territorial es que el barrio aparece como el espacio natural de acción y organización” (Svampa y Pereyra, 2003: 73). A partir de la expulsión de población que tiene lugar en los centros urbanos

organizadores del capitalismo financiero, se inicia un proceso de inscripción territorial de las clases subalternas en la periferia en donde se comienza a dar respuestas desde los sectores populares.

“De este modo, debe reconocerse a la pobreza urbana, con toda su carga de heterogeneidad, y a las condiciones del hábitat de ese sector, como una condición en el proceso de toma de tierras y formación de los asentamientos, si consideramos a estos últimos, como una estrategia de los sectores populares, con la cual hacer frente a la característica dominante del proceso de urbanización vigente en el área metropolitana de Buenos Aires. Puede caracterizarse el último período, desde 1970, como relocalización de la población, en la que los pobres urbanos están siendo expulsados hacia una periferia cada vez más lejana, en términos espaciales por su distancia a la Capital Federal, y en términos socio-habitacionales, por la mayor carencia de servicios de los lugares disponibles” (Merklen, 1991:99).

Las organizaciones de base territorial constituyen, por sobre todas las cosas, una dimensión subjetiva de recomposición de relaciones sociales comunitarias en los sectores populares que tienden a la recomposición de lazos sociales.<sup>18</sup> Arraigarse en el territorio, haciendo del propio lugar de vida un espacio de aparición, posibilita el desarrollo de un proyecto integral que abarque diferentes aspectos y necesidades comunitarias. Es por esto que sostenemos, puede trazarse una línea de continuidad en tanto el proceso de tomas ilegales de tierras en el conurbano, a pesar de no haber generado a largo plazo formas de autoorganización de los sectores populares, constituye sin embargo la experiencia previa, el desarrollo embrionario de organizaciones comunitarias que es retomado por algunos sectores del movimiento piquetero autónomo.<sup>19</sup> La potencialidad de estas nuevas formas de organización radica en la posibilidad de reorganizar el espacio fundado en relaciones sociales autónomas (contrahegemónicas).

---

<sup>18</sup> “En relación al trabajo concretamente territorial, más allá de la cuestión teórica o de la discusión política que se pueda, hay una cuestión que es bien práctica: vos vas a un barrio hoy, en donde hace cinco años no había un movimiento, y en ese barrio vas a ver mínimamente una cuestión construida, un espacio comunitario que se ganó y se fue armando. Ahí antes había un basural, ahora hay un comedor, una biblioteca, un merendero. Después están las crisis coyunturales de los movimientos, de los barrios, pero me parece que ese es el aporte histórico, como el gran cambio del movimiento piquetero” (Entrevista a Mariano Pacheco, MTD Alte. Brown – Aníbal Verón).

<sup>19</sup> Resulta por demás sugerente la advertencia que nos propone Mabel Thwaites Rey, pues, si bien debe reconocerse la revitalización que le aporta la noción de **autonomía** a las luchas emancipadoras de los sectores populares respecto al sistema político dominante (instituciones estatales, partidos políticos), no puede dejar de señalarse (o bien sería ingenuo dejar de hacerlo) cierta coincidencia con el énfasis puesto por el neoliberalismo en su prédica antiestatalista y antipolítica —es suficiente pasar lista a los lineamientos propuestos por el Banco Mundial—. Desde la prédica y la práctica neoliberal se ha hecho un culto a la sociedad, pregonando las ventajas de la “participación ciudadana” en los asuntos comunes, como forma de acotar la capacidad de acción del Estado, involucrando a distintos sectores sociales (generalmente a través de ONG’s) en las políticas públicas, como forma de sortear las burocracias y ahorrar recursos. En este contexto se encuadra la numerosa bibliografía surgida en los últimos tiempos donde se remarca el deber de la “sociedad civil” como paliativo de los espacios antes ocupados por el Estado.

#### IV - Inscripción territorial. Del repliegue a la identidad.

El golpe asestado por el genocidio de la última dictadura militar (1976-1983) contra la iniciativa política del conjunto de los movimientos sociales, sindicales y políticos radicalizados de los '60 y '70, inicia una violenta expulsión de vastos sectores de la población, continuado y acentuado en las décadas siguientes. Se asiste entonces a un proceso de expropiación material y simbólica de las clases populares donde, por un lado, son arrancadas las conquistas logradas durante décadas, pero al mismo tiempo consiste en un proceso de aculturación, de pérdida de solidaridades y destrucción de identidades que aseguró la exigua capacidad de respuesta y organización de estos sectores. En suma, un largo proceso de “desafiliación” de grandes sectores de la población a partir de una desarticulación del sistema social mediante la contracción del mercado interno y el desmembramiento del Estado.<sup>20</sup> Al respecto, un documento señala: “El territorio es el lugar donde se esperaba que la pobreza y la marginación se aglutinara y no afeara el paisaje (...) Allí debíamos sobrevivir o morir, dentro de esa burbuja de exclusión. No sólo nos despojaron del trabajo, la vivienda, la alimentación, la salud y la educación, también intentaron cercenarnos la posibilidad de pensar, expresarnos, organizarnos y pelear”.<sup>21</sup> En este contexto, el territorio periférico a la ciudad, lugar de exclusión y marginación de los sectores populares, pasa a cobrar una importancia central en el proceso de reinscripción de esos sectores. Los barrios del conurbano, que constituyen territorios delimitados, demarcados, con una historia propia, cuyo tamaño les permite convertirse en sedes específicas de solidaridades, devienen fuente de posible cohesión y organización, se convierten en el *locus* desde donde recomponer una matriz identitaria autónoma de los sectores subalternos y elaborar demandas colectivas. Ante el proceso de desafiliación que provoca la desocupación y la pobreza, el barrio se convierte para muchos en el lugar de repliegue, de refugio y de inscripción colectiva (Sigal, 2005; De Ípola, 2003). Es a este proceso efectivo de “reafiliación” al que, con Denis Merklen, denominamos *inscripción territorial* de los sectores populares, en tanto respuesta estratégica al proceso expropiatorio al que fueron sometidos. A

---

<sup>20</sup> El proceso de empobrecimiento en la Argentina tiene su origen en la desarticulación de algunas formas de integración social. Esto puede constatarse al observar el aumento descomunal de los índices de desempleo, pobreza y desindustrialización de las últimas dos décadas, que afectan las condiciones mínimas de vivienda, salud, alimentación, educación, acceso a los bienes culturales, recreación, a los derechos de demanda y participación política de la mayor parte de la población del país.

<sup>21</sup> MTD 26 de Junio, *Por qué la lucha territorial*.

partir de su afincamiento en sedes territoriales, los sectores del campo popular despliegan una estrategia de repliegue que comienza por la reconstitución de lazos de solidaridad: en el barrio comienza la recomposición del tejido social y surgen las posibilidades de reorganización desde donde efectuar sus demandas e interpelar al Estado. En este sentido, creemos que la inscripción territorial se presenta como una precondition necesaria para la acción colectiva.

Para abarcar en toda su longitud este proceso de inscripción territorial, es necesario remarcar la continuidad existente entre las tomas ilegales de tierras que se llevan a cabo a inicios de los '80 (y que se incrementan masivamente a fines de la década) en el conurbano bonaerense y las experiencias de organización territorial que coagulan, a mediados de los '90, en el movimiento de trabajadores desocupados autónomo.<sup>22</sup> Denis Merklen precisa algunas características de este proceso de tomas de tierras:

“La situación común a los hogares que forman el Asentamiento es la de ser no-propietarios, es un grupo social que también puede definirse por los no, por la exclusión. La tierra, el lugar de pertenencia, la consolidación del hogar, la discriminación y la segregación urbana; muchas cosas están contenidas en éstos hombres cuando enuncian la necesidad de un lugar propio. Evidentemente existe un fenómeno de “aculturación”, de pérdida de identidad, que comienza con el proceso inmigratorio hacia la “gran ciudad” y culmina con los golpes de la marginación urbana. Si los Asentamientos no consiguen construir espacios nuevos de identificación habrán quedado a mitad de camino” (Merklen, 1991: 114/115).

A partir de las experiencias de tomas de tierras puede notarse la búsqueda por organizar barrios a través de un “modelo territorial”, con una estructura que apelaba fuertemente a la experiencia sindical de las décadas anteriores. Así, los “asentamientos” constituían barrios en donde no faltaban muchas de las formas de organización obrera: comisión directiva, cuerpo de delegados, comisiones especiales y toma de decisiones a través de asambleas. Estas ocupaciones de tierras constituyen un proceso colectivo en el que un sujeto social busca reconstituir sus lazos de integración. En este sentido las nuevas formas de acción colectiva que fundan los “asentamientos” se comprenden como un intento de resistencia frente a los procesos de vulnerabilidad y como una tentativa de reconstrucción de vínculos en la búsqueda por recuperar la integración social. Los asentamientos, entonces, guardan un doble aspecto: en tanto *acción*

---

<sup>22</sup> “Para mí, el MTD es un proceso objetivo. No estuvo en la voluntad de alguno construirlo, surgió. Pero había condiciones objetivas para construirlo porque la necesidad llevaba a eso. Había base como para construir. Y la otra es que se partía de historias comunes. La historia de la clase obrera no se rompía ahí. Yo creo que en ese sentido fue más avanzada la construcción de los movimientos de desocupados, en ese sentido, que las asambleas, porque casi todas las asambleas eran como si empezaba la historia ahí, a partir de. Nosotros veíamos una continuidad histórica, ‘esto viene de acá, hay que pedir esto, hay que organizarse de esta manera’” (Entrevista a Héctor ‘Toty’ Flores, MTD La Matanza)

*colectiva*, son un modo de reconstruir el lugar perdido en la estructura social; en términos *subjetivos*, expresan una batalla simbólica por recuperar la identidad amenazada. Ese ámbito urbano que constituye el mundo-de-vida de los sectores excluidos está representado en la figura del barrio.

Si bien los asentamientos no lograron mantener su organización originaria, pues el modelo territorial con el que surgieron no consiguió perdurar en el tiempo, conforman la experiencia previa, el tejido de prácticas que, una década más tarde, es retomada desde el movimiento de trabajadores desocupados o movimiento piquetero. La herencia de estas organizaciones territoriales que en buena medida logran traducir las luchas sindicales de la sociedad salarial al ámbito del barrio en la periferia urbana, son el bagaje desde el que parten las organizaciones piqueteras.

Trazar un puente entre estas experiencias tiene al menos dos connotaciones. Por un lado, significa marcar el desarrollo en la constitución de una *población excedente relativa* que es expulsada del centro hacia la periferia del conurbano, teniendo en cuenta que es esta masa expropiada de población la que coagula tanto en las tomas de tierras como en las organizaciones de desocupados. Pero, por otro lado, plantea trazar una continuidad del proceso de acumulación en el campo popular que sirve de asiento a las nuevas experiencias: nos referimos fundamentalmente a las coordinadoras interfabriles de los '70 y al trabajo de las comunidades eclesiales de base, ligadas a la Teoría de la Liberación. Desde el punto de vista de la localización en la que surgen las primeras organizaciones de trabajadores desocupados, no resulta casual la coincidencia con las anteriores experiencias mencionadas. Y esto es así porque en ambas experiencias pueden encontrarse elementos de continuidad en el proyecto de construcción de hegemonía de los trabajadores, no a partir de un partido, sino mediante el desarrollo de organizaciones autónomas y la creación de poder popular. El territorio, como antes la fábrica, pasa a ser el lugar de pertenencia desde donde se restablecen; y la respuesta inicial de ese proceso de recomposición es la reorganización de los recursos existentes para hacerle frente a la pobreza.

“Por eso, más allá de la desintegración sociocultural y política económica en que nos encontramos los desocupados, la apuesta diaria y permanente es la de rescatar una cultura del trabajo, en la que hombres, amas de casa y jóvenes, podamos tener un sentido de pertenencia a la clase a la que pertenecemos. Es en este sentido que hablamos de la construcción territorial, ya que el lugar de organización no son los lugares tradicionales de trabajo, ya que este escasea, además de ser

temporario. Por eso, el lugar de organización es el territorio, los barrios que habitamos, que demás está decir, son precarios, repletos de carencias” (MTD Alte. Brown, 2001).

Cuando se afirma que la nueva fábrica es el barrio, se está planteando que el nuevo espacio de socialización no está ya atravesado por la relación salarial, no se encuentra más en el mundo-del-trabajo, sino que ahora el lugar de socialización por excelencia (por un proceso de expulsión de población, de desindustrialización y desempleo y de pérdida de identidades fuertes como la del trabajador asalariado) pasa a estar directamente en el mundo-de-vida y a traviesa la vida cotidiana de las personas. Y ese mundo-de-vida es el territorio, que en el conurbano bonaerense es el barrio. Si los sectores populares son marginados o desafiados del mundo del trabajo, también, y consecuentemente, desarrollan un proceso de inserción o re-afiliación en el propio territorio que habitan. Es en los barrios, entonces, espacios delimitados cuyo tamaño les permite convertirse en una red social articulada de solidaridades desde donde se desarrollan organizaciones a través de la acción colectiva. Sin embargo, cuando la lucha reivindicativa llega al punto de convertirse en una lucha por la vida, al partir de tales condiciones materiales, la construcción o recomposición de una identidad puede llevar a la organización de nuevas formas de vida. Nuestra hipótesis, que hemos venido esbozando a lo largo de estas páginas, es que al proceso histórico de expropiación los sectores populares responden mediante la organización de nuevas territorialidades. Así:

“Las nuevas territorialidades son el rasgo diferenciador más importante de los movimientos sociales latinoamericanos y lo que les está dando la posibilidad de revertir la derrota estratégica. A diferencia del viejo movimiento obrero y campesino (en el que estaban subsumidos los indios), los actuales movimientos están promoviendo un nuevo patrón de organización del espacio geográfico, donde surgen nuevas prácticas y relaciones sociales. La tierra no se considera sólo como un medio de producción, superando una concepción estrechamente economicista. El territorio es el espacio en el que se construye colectivamente una nueva organización social, donde los nuevos sujetos se instituyen, instituyendo su espacio, apropiándose material y simbólicamente’ (Zibechi, 2003).

Al hablar de las organizaciones territoriales del movimiento de desocupados es común remitirse a la unidad de un barrio. Sin embargo, como remarca Guillermo Cieza, “los movimientos no alcanzan a la totalidad del barrio sino a un núcleo ligado por razones de vecindad, amistad o parentesco. Es decir, tiene una localización territorial (4 ó 5 manzanas) y una extensión por vínculos”. Resulta conveniente entonces considerarlos como *núcleos territoriales* que se organizan en un barrio. “La distinción entre núcleo y barrio

no es menor, porque de alguna manera el núcleo territorial tiene un límite preciso que es la dimensión de la asamblea. Se pueden hacer asambleas de más de cien personas, pero está claro que a medida que aumenta el número se restringe la participación” (Cieza, 2004: 74).

La construcción territorial desarrollada a partir de estos núcleos puede analizarse tomando la definición conceptual que adelantamos al comienzo de nuestro trabajo. En término de **relaciones sociales**, esta nueva territorialidad de los sectores subalternos se expresa en la búsqueda por subvertir los valores de las clases dominantes, desarrollando mediante la reflexión colectiva, la capacidad autocrítica y la formación, relaciones sociales que buscan la emancipación del sujeto:

“horizontalidad en la estructura organizativa, la autogestión en las unidades de trabajo, el desarrollo del trabajo en un ámbito territorial y la producción de nuevos valores y nuevas formas de sociabilidad (solidaridad, compañerismo, discusión colectiva), que plantean una alternativa a la ruina social generada por el capitalismo” (MTD Alte. Brown, 2002).

Es desde estas relaciones sociales autónomas que buscan la constitución de un **sujeto** social activo en permanente recreación. Asimismo, puede señalarse en esta nueva territorialidad la emergencia de un nuevo patrón de acumulación del **espacio** en estos núcleos territoriales, basado en la centralidad que ocupan los lugares de reunión colectiva (MTD, galpones, plazas). Por añadidura, también es constatable una **temporalidad** diferente, ajena a la esquizofrenia de los flujos urbanos. Por último, cabe señalar la generación de nuevas **técnicas** de (re)producción social, fundamentalmente en la búsqueda por autosustentar emprendimientos productivos. Las prácticas de las organizaciones populares de base territorial tienen por resultado, reconstruir lazos sociales: ahí está la tarea cotidiana, el día a día de la organización.<sup>23</sup> Pero su objetivo va más allá de esto, al plantearse generar relaciones sociales autónomas que subvierten el fragmentado entramado social sobre el que trabajan. La experiencia cotidiana apunta a crear valores contrahegemónicos: de ahí el esfuerzo por la construcción integral de un nuevo sujeto a través

---

<sup>23</sup> “el laburo territorial sostiene en el tiempo esos lazos solidarios que se pueden generar en una lucha, por ejemplo, y es lo que empieza, en un plano un poco más teórico, a generar esa especie de autogobierno que es lo que planteamos nosotros como proyecto político. Es decir, es en el trabajo territorial donde se expresa la capacidad de los sectores populares de poder definir qué hacer de su propia vida. Y bueno, en el día a día, en el trabajo del comedor, en el trabajo de los proyectos productivos, en los trabajos de formación, en las asambleas, son los distintos aspectos que componen lo que es el trabajo del movimiento (...) Ahí está el desafío que nunca pudimos destrabar bien que es cómo romper el gueto de los organizados, es decir, cómo nos abrimos al conjunto de la comunidad en cada lugar. Siempre estuvo la concepción pero nunca lo hemos podido lograr, igual hubo muchos intentos” (Entrevista a Mariano Pacheco, MTD Alte. Brown – Aníbal Verón).

de talleres de formación<sup>24</sup>, educación popular, de historia, etc. Atraviesa a estas experiencias una noción fuerte de praxis, como síntesis entre la teoría y la práctica de los movimientos:

“Nuestras ideas surgen, principalmente, de nuestra práctica y nuestra reflexión. Pero éstas también se nutren de las luchas de los trabajadores y los pueblos oprimidos, a lo largo del mundo y de la historia”.<sup>25</sup>

De esta forma, los núcleos territoriales de los sectores subalternos, al reconstruir lazos sociales desarrollando relaciones sociales alternativas a las dominantes, centran su estrategia en el sujeto y en la construcción colectiva de una visión del mundo (cosmovisión) opuesta a la del capital. Promueven así nuevos valores, basados en la solidaridad, el compañerismo, la confianza en el otro. En esta tarea radica el trabajo de una profunda transformación subjetiva.

Asumen el cambio social desde la construcción cotidiana, como acción prefigurativa. No luchan para que un día cambien las relaciones de dominación, promueven relaciones sociales autónomas para la lucha.

En definitiva, las experiencias de organización de algunos núcleos territoriales han dejado saldos interesantes en cuanto a conformación de formas de autogobierno, de acumulación de poder popular. Al respecto, un documento lo sintetiza de esta forma:

“Como consecuencia, entonces, de una articulación en la búsqueda de estrategias para resolver colectivamente las dificultades colectivas, se comienza a formar un poder local y popular que, por un lado, plantea una alternativa política concreta para abordar las problemáticas del barrio y, por otro, hace más contundente y eficaz la reasignación de recursos desde la administración gubernamental” (MTD Alte. Brown, 2002).

Así:

“El poder popular aparece entonces bajo un aspecto de promoción de mejoras en las condiciones de vida de la comunidad, a través de organizaciones democráticas, que intentan producir nuevas formas de relación y subjetividad, en un contexto territorial específico”(Giménez, 2002)

## **V- A modo de colofón.**

Sin lugar a dudas el territorio -entendido en un sentido amplio- se ha vuelto un *humus* vital en el entramado de los sujetos colectivos que libran un conjunto de luchas sociales y políticas en pos de la

---

<sup>24</sup> “... la formación tiene un sentido amplio. Este taller, por ejemplo, es una actividad de formación. Pero un corte de ruta también, porque discutimos cómo lo hacemos, qué pasó, qué falló. Cotidianamente hacemos formación...”. Conversaciones con el MTD de Solano, Colectivo Situaciones, Ediciones de mano en mano.

<sup>25</sup> MTD Aníbal Verón. *Nuestro objetivo: el cambio social*.

construcción de un entramado social que sea más igualitario e inclusivo, por lo tanto creemos que por permanecer aun inexplorado y dada su relevancia social, es indispensable su abordaje desde las ciencias sociales si pretendemos comprender el conflicto social posdictatorial.

Según una imagen de los montes santiagueños, durante la madrugada es necesario dejar siempre un tizón encendido con el que prender la primera llama en la jornada siguiente. Retomando esta alegoría, creemos que las experiencias de construcción de base territorial aparecen como un tizón encendido que enciende la llama ígnea para recomponer el tejido social largamente devastado durante las últimas décadas. El territorio, así, se constituye como motor indispensable en la recomposición del campo popular.

### **Bibliografía.**

#### **Libros y artículos.**

- Améndola, Giandoménico (2000), *La ciudad posmoderna*, Celeste Ediciones, Madrid.
- Bermúdez, Eduardo (1985), *La disputa por un territorio: los partidos del GBA*, Buenos Aires, Serie de Estudios n° 53, Cicso.
- Ceceña, Ana Esther (2004), *Los desafíos del mundo en que caben todos los mundos y la subversión del saber histórico de la lucha*, en Revista Chiapas n° 16, México.
- Cena, Juan Carlos (2003), *El Ferrocidio*, La Rosa Blindada, Bs. As.
- Cieza, Guillermo (2004), *Borradores sobre la lucha social y la autonomía*, manuel suárez editor, Avellaneda.
- Colectivo Situaciones (2002), *19 y 20 Apuntes para el nuevo protagonismo social*, Ediciones de Mano en mano, Bs. As.
- Cravino, María Cristina, *La propiedad de la tierra como un proceso. Estudio comparativo de casos en ocupaciones de tierras en el Área Metropolitana de Buenos Aires*, mimeo.
- Durkheim, Emile (1912), *Las formas elementales de la vida religiosa*, Alianza, Bs. As. 1998.
- Feierstein, Daniel (2000), *Seis estudios sobre genocidio. Análisis de las relaciones sociales: otredad, exclusión y exterminio*, Eudeba, Bs. As.
- Giménez, M. E., **El taller de Recreo y Expresión y su articulación con el MTD**, en *Primer congreso Nacional de políticas sociales*, AASP-UNQUI, Quilmes, 2002.
- Izaguirre, Inés y Aristizábal, Zulma (1988), *Las tomas de tierra en la zona sur del Gran Buenos Aires. Una experiencia de poder popular*, CEAL, Bs. As.
- Marín, Juan Carlos (1979), *Los hechos armados. Argentina 1973-1976*, La Rosa Blindada/P.I.CA.SO, Bs. As. 2003.
- Martucelli, D y Svampa M. (1997), *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Losada, Bs. As.
- Mazzeo, Miguel (2003), *Dioses fracasados. Apuntes sobre los procesos de la globalización neoliberal*, Ediciones Macchi, Bs. As.
- Merklen, Denis (1991), *Asentamientos en La Matanza. La terquedad de lo nuestro*, Catálogos, Bs. As.
- Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de Almirante Brown (2001), *A un año del primer piquete*, en revista **Acontecimiento** n° 22, Bs. As.

- Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de Almirante Brown (2002), *Los Movimientos de Trabajadores Desocupados y la construcción del poder popular*, en revista Herramientas n° 21, Bs. As.
- Nievas, Flabián (1991), *Hacia una aproximación crítica a la noción de territorio*, en revista **Nuevo Espacio N°1**, Facultad de Ciencias sociales, UBA.
- Oliveira, Ariovaldo Umbelino (2001), “A Geografia Agraria e as transformações territoriais recentes no campo brasileiro”, citado en Martín y Fernández, “Movimiento socioterritorial e ‘globalização’: algumas reflexões a partir do caso do MST”, en **Lutas Sociais n° 11/12**.
- Oszlak, Oscar (1991), *Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano*, Humanitas-CEDES, Bs. As.
- Peña, Milcíades (1986), *Industrialización y clases sociales en la Argentina*, Hyspamérica, Bs. As.
- Piaget, Jean (1984), *El criterio moral en el niño*, Fontanella, Barcelona.
- Sigal, Silvia (2005), “Prefacio”, en Merklen, D, *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, Gorla, Bs. As.
- Stratta, Fernando y Barrera, Marcelo (2003), *Las nuevas organizaciones populares. Una metodología radical*, Cuaderno de trabajo n° 15, Centro Cultural de la Cooperación, Bs. As.
- Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián (2003), *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Biblos, Bs. As.
- Tarcus, Horacio (1992), *La crisis del Estado Populista Argentina 1976-1990*, en **Realidad Económica**, n° 107.
- Thwaites Rey, Mabel (2003): *La autonomía como mito y posibilidad*, Bs. As., mimeo.
- Zibechi, Raúl (2003), *Los nuevos rostros de los de abajo*, 7 de Octubre, <http://peru.indymedia.org/news/2003/10/3287.php>

#### Documentos.

- MTD Aníbal Verón, *Nuestro objetivo: el cambio social*. Material elaborado por el MTD Berisso, septiembre de 2003.
- *Por qué la lucha territorial*, documento elaborado por el MTD 26 de Junio, UTDOCH (Unión de trabajadores ocupados, desocupados y changarines) y MTR venas abiertas.

#### Entrevistas.

MTD Alte. Brown, septiembre de 2004.

MTD La Matanza, enero de 2005.